

יום ירושלים Jerushalaim

Hace 42 años la mayoría de los judíos del mundo recordamos y celebramos la reunificación de Jerusalem bajo soberanía israelí.

Es este un momento propicio del año para reflexionar sobre el significado de Jerusalem en nuestra tradición, sobre la santidad de la Ciudad Santa.

Nosotros, que aprendimos en dos mil años a construir palacios en el tiempo y no en el espacio, a santificar los días y no las piedras, a elegir la vida por sobre el territorio, guardamos sin embargo una nostalgia especial por Jerusalem.

Acaso porque en nuestra tradición Jerusalem está asociada a la creación del mundo, al justo punto en que se separaron la tierra de las aguas en la segunda tarde.

Acaso porque Jerusalem es, en el largo periplo de Abraham, el espacio que asociamos con la hospitalidad, el lugar en el que el patriarca fue recibido con pan y vino por el rey y sacerdote Melquizedec (literalmente el "príncipe de la justicia").

Acaso porque Jerusalem está asociada en nuestra memoria también con el evento más dramático de la Torá, ya que fue en el Monte Moriah que pudo consumarse el sacrificio de Itzjak.

Acaso porque Jerusalem está asociada en nuestra memoria con la gloria del reino de David, con la magnificencia del Templo, con la idea de peregrinaje hacia un lugar en el que sería posible una comunicación diferente, más cercana, más íntima con el Creador.

Acaso porque Jerusalem fue el

símbolo que los invasores buscaron conquistar y eventualmente destruir para doblegar no sólo en lo militar sino en lo espiritual, el aguerrido espíritu de los hijos de Israel.

Acaso porque el recuerdo de Jerusalem durante los milenios del Exilio fue un símbolo y un microcosmos de la promesa de retorno.

Acaso porque desde el primer momento el moderno movimiento sionista eligió asociar su nombre al de una de las colinas de Jerusalem, Sión, entendiendo que el retorno a Jerusalem era el símbolo del retorno al hogar perdido.

Acaso porque hoy Jerusalem es el símbolo y el microcosmos perfecto de la construcción de la sociedad israelí, porque sus grietas y murallas sociales, culturales, religiosas, son las heridas y las marcas del derrotero de Israel en sus primeros sesenta y un años.

Acaso porque santidad para el pueblo judío implica responsabilidad, con el pasado, con el presente con el futuro, con nosotros mismos y con los otros, y Jerusalem es una ciudad poblada de otros sobre los que hoy nosotros tenemos responsabilidad. Y por lo tanto Jerusalem es hoy un permanente exámen de nuestros valores como pueblo.

Acaso porque Jerusalem es la ciudad del Mesías, es decir el espacio que asociamos con la utopía de un futuro de paz y justicia, con el mandato ineludible de corregir el mundo...

Lic. Yoel Schwartz
*Sheliaj de Masorti Olami
para América Latina*